

Newman acerca del Islam y los turcos. Comentarios y traducción

por

Fernando María Cavaller

Varias veces hemos hecho referencia a eventos o situaciones de la cultura actual que John Henry Newman puede iluminar con su pensamiento. Nadie ignora que el islamismo se ha convertido en los últimos años en tema de importante consideración, e interesa al respecto lo que el mismo escribió en su extensa *Historia de los turcos en su relación a Europa*, una serie de conferencias que dictó en el Catholic Institute de Liverpool, durante octubre de 1853, y que luego publicó en el primer volumen de *Historical Sketches*.¹

En ese año comenzaba la guerra de Crimea, un conflicto bélico entre el Imperio ruso regido por la dinastía de los Romanov, y la alianza entre el Imperio Británico, el Segundo Imperio francés, el Reino de Cerdeña, y el Imperio Otomano, al cual apoyaban los tres anteriores para evitar su hundimiento y el excesivo crecimiento de Rusia. El conflicto se desarrolló entre octubre de 1853 y febrero de 1856. La mayor parte del mismo tuvo lugar en la península de Crimea, en el mar Negro. Pero Newman no estaba de acuerdo con que Inglaterra se aliara con Turquía, un imperio musulmán, en contra de Rusia, un imperio cristiano. Dice así en el Prefacio:

Tal obra en el momento presente, cuando estamos a punto de comprometernos en una gran guerra de parte de los turcos, puede parecer sin sentido a menos que conduzca al lector hacia algunas conclusiones definidas de qué debe desearse en la situación presente del Este; sin embargo, un ministro religioso puede protestar justamente contra el hecho de convertirse en un político. Las cuestiones políticas son decididas principalmente por conveniencia política, y sólo indirectamente y bajo ciertas circunstancias caen en

¹ *Lectures on the History of the Turks in their relation to Europe*, HSI, pp, 1-238.

el territorio de la teología. Mucho menos puede hacerse semejante pregunta a sacerdotes de esa Iglesia cuya voz en este asunto ha estado desatendida por los poderes de Europa durante cinco siglos. Deben cosechar lo que han sembrado: si hubieran seguido el consejo de la Santa Sede no habría habido turcos en Europa para ser echados de allí por los rusos. Todo lo que se necesita decir aquí en interés del Sultán es que los poderes cristianos tienen que mantener las legítimas promesas que le han hecho. Todo lo que se necesita decir en favor del Zar es que está atacando a un poder infame, el enemigo de Dios y del hombre. Y todo lo que es necesario decir a modo de advertencia al católico es que debería tener cuidado con reforzar la causa del Zar negando o ignorando su punto fuerte. Es difícil de entender cómo un lector de historia puede estar del lado del pueblo español en su lucha contra los moros de siglos pasados, sin desear buena suerte, por mera lógica, a cualquier poder cristiano que aspire a librar el este europeo del yugo turco.

La obra se desarrolla según los siguientes tópicos: I. La tierra madre de los turcos: Las tribus del norte, Los tártaros; II. El descenso de los turcos: Los tártaros y los turcos, Los turcos y los sarracenos; III. La conquista de los turcos: Los turcos y los cristianos, El Papa y los turcos; IV. Las perspectivas de los turcos: Barbarie y civilización, El pasado y el presente de los otomanos, El futuro de los otomanos.

La historia comienza con los antepasados, en la tierra madre de los turcos, es decir, las tribus del norte, desde los escitas conquistados por los persas en el siglo VI a C, hasta el imperio de los hunos del siglo V d C, y el imperio de los tártaros en el norte y centro de Asia del siglo VI y VII. Luego sigue la islamización de los turcos por su sujeción a los sarracenos durante los siglos VIII al XI, y su imperio en el Hindostán hasta el siglo XIII, y en Persia y Asia menor los siglos XI y XII. Más tarde viene su descenso hacia el oeste durante los siglos XII al XIV, el Imperio Otomano en Asia, África y Europa, creciendo durante 270 años desde el siglo XIV al XVI, y su declinación desde la batalla de Lepanto (1571) hasta 1841.

Vamos directamente al siglo XI. Hacia el 1040 los turcos conquistaron Sogdiana y Khorasan, y convirtieron definitivamente a la fe musulmana. Newman dice:

Esta era fue un punto de inflexión en su historia en un sentido distinto y más serio. En Sogdiana y Khorasan se convirtieron a la fe mahometana. No iréis a suponer que voy a alabar una impostura religiosa, pero ningún católico necesita negar que, considerado en sí mismo, es un gran progreso sobre el paganismo. El paganismo no tiene regla de bien y mal, ni juez supremo e inmutable, ni revelación inteligible, ni dogma alguno fijado. Por otro lado, Mahoma tomó prestado de la Iglesia, y son mantenidos tenazmente por sus seguidores, el único Dios, el hecho de Su revelación, Su fidelidad a Sus promesas, la eternidad de la ley moral, y la certeza de una recompensa futura. El falso profeta enseñó mucho que es materialmente verdadero y objetivamente importante, cualquiera sea su valor subjetivo y formal y la influencia en los individuos que lo profesan. Su credo está situado entre la religión de Dios y la religión de los demonios, entre el cristianismo y la idolatría, entre occidente y el extremo oriente. Y así estaban los turcos al adoptar su fe en la época de que estoy hablando: se situaron entre Cristo en occidente y Satán en oriente, y tuvieron que hacer su elección, y ¡ay! fueron llevados por las circunstancias del tiempo a oponerse no al paganismo sino a la cristiandad. Ciertamente le tocó una suerte más feliz al pobre Sultan Mahmud que a los parientes que le siguieron. Mahmud, mahometano, fue hacia oriente y encontró una superstición peor que la suya, y luchó contra ella y la hirió, y las puertas de sándalo que arrancó violentamente del templo idólatrico y colocó en su tumba en Gazna, casi parecen interceder por él a través de los siglos como el soldado y el instrumento del cielo. Las tribus que le siguieron, también musulmanas, fueron hacia occidente, y encontraron no el error sino la verdad, y lucharon contra ella tan celosamente como él, y al hacerlo fueron simplemente juguetes del Maligno, predicadores de una mentira y enemigos, no testigos, de Dios. Uno destruyó templos de ídolos, los otros santuarios cristianos. Uno había sido salvado del infortunio de perseguir a la Novia del Cordero, los otros son de todas las razas la mayor prole de la serpiente que la Iglesia ha encontrado desde que fue establecida. Por 800 años las puertas de sándalo permanecen en la tumba de Mahmud, y por 800 años Seljuk y Omán

han sido nuestro enemigo, señalado como tal y denunciado por sucesivos Vicarios de Cristo. (pp. 87-88)

Después de hablar de las persecuciones a los peregrinos que iban a Tierra Santa y del comienzo de las cruzadas, dice más adelante:

Los fieros godos y vándalos, y luego los lombardos, fueron convertidos al catolicismo. Los anglosajones dejaron sus ídolos ante la predicación de San Agustín y sus compañeros. Las tribus germanas reconocieron a Cristo entre sus bosques, aunque martirizaron a San Bonifacio y a otros misioneros ingleses e irlandeses que llegaron a ellos. Los magyares en Hungría fueron llevados a la fe por su lealtad a su monarca temporal, su misionero real San Esteban. Los paganos daneses reaparecen como los caballeros normandos, los arrogantes pero verdaderos hijos y vasallos de San Pedro. Aún los sarracenos, que dieron nacimiento a una impostura, se extinguieron en 300 o 400 años, y no tuvieron el poder, aunque sí el deseo, de perseverar en su enemistad a la Cruz. Los tártaros tuvieron tanto el deseo como el poder, pero estaban lejos de la cristiandad...Pero la raza infeliz de la que estoy hablando, desde el primer momento que aparece en la historia del cristianismo es su enemigo no mitigado, obstinado y consistente.... Es un misterio, pero los hechos afirman que desde el año 1048 los turcos han sido el gran Anticristo entre las razas de los hombres. (pp. 104-105)

En cuanto a la actitud de la Iglesia, destacan párrafos como el siguiente:

Si, de hecho, al final, y después de todas sus desilusiones y reveses, el Papa no fue exitoso en su lucha contra los otomanos, lo veremos más tarde, pero, ciertamente, si la perseverancia merecía un resultado favorable, al menos ha tenido derecho a esperarlo. La guerra con los turcos fue su clamor ininterrumpido por siete u ocho siglos, desde el undécimo al decimoctavo. Es un acontecimiento solitario y singular en la historia de la Iglesia. Silvestre II fue el que dio origen al esquema de unión de naciones cristianas contra ellos. San Gregorio VII reunió 50.000 hombres para repelerlos. Urbano II verdaderamente movilizó la larga cruzada. Honorio II instituyó la Orden de los Caballeros Templarios para proteger a los peregrinos

de sus asaltos. Eugenio III envió a San Bernardo a predicar la Cruzada. Inocencio III abogó por ella en el Concilio de Letrán. Nicolás IV negoció una alianza con los tártaros para su cumplimiento. Gregorio X estaba en Tierra Santa en medio de la cruzada con nuestro Eduardo I, cuando fue elegido Papa. Urbano V recibió y se reconcilió con el Emperador griego en vistas de su renovación. Inocencio VI envió al Venerable Pedro Tomás el carmelita a predicar en su nombre. Bonifacio IX levantó la magnífica armada de franceses, germanos y húngaros, que pelearon la batalla de Varna. Nicolás V envió a San Juan de Capistrano para urgir a los príncipes cristianos contra el enemigo. Calixto II envió a los célebres huniades a luchar contra ellos. Pío II dirigió al Sultán una carta apostólica de advertencia y denuncia. Sixto IV mandó una flota contra ellos. Inocencio VIII hizo de ellos su marca del principio al fin de su pontificado. San Pío V agregó la advocación "Auxilium christianorum" a las Letanías de Nuestra Señora en agradecimiento por su victoria contra ellos en Lepanto. Gregorio XIII instituyó con el mismo propósito la Fiesta del Rosario. Clemente IX murió de dolor a raíz de los triunfos turcos. El venerable Inocencio XI instituyó la Fiesta del Santo Nombre de María por su derrota ante Viena. Clemente XI extendió la Fiesta del Rosario a toda la Iglesia por la gran victoria cerca de Belgrado. Estos son algunos de los muchos ejemplos que pueden darse, pero suficientes para mostrar la perseverancia de los Papas....

Desde el principio [la Santa Sede] señaló [a los turcos] como objeto de alarma para toda la cristiandad...Los expuso a la reprobación de Europa, como un pueblo con quien, si la caridad difiere de la ferocidad inmisericorde, la ternura de la dureza de corazón, la depravación de los apetitos de la virtud, y el orgullo de la mansedumbre y la humildad, los fieles nunca podrán tener simpatía ni alianza. La Santa Sede denunció, no meramente una deformidad odiosa remota, penosa simplemente a la vista y al olfato moral, sino un mal enérgico, un enemigo agresivo, ambicioso y voraz, en quien la vileza de vida y la crueldad de conducta fueron hechos método por el sistema, consagrados por la religión y propagados por la espada. No soy insensible, y deseo hacer justicia,

a las altas cualidades de la raza turca. No niego absolutamente a su carácter nacional la grandeza, la fuerza y originalidad, el valor, la veracidad y sentido de justicia, de sobriedad y gentileza, de las que hablan los historiadores y viajeros, pero a pesar de todo lo que ha sido hecho por ellos a través de la naturaleza y del mundo europeo, el tártaro es aún el producto de su composición, y cualesquiera puedan ser sus dones y logros, no los hacen sino más eficientes enemigos de la fe y la civilización. (pp. 108-111)

Luego continúa con un interesante relato pormenorizado de la situación en que terminaron todas las prósperas regiones orientales y europeas una vez arrasadas por los turcos. Es especialmente impresionante la descripción del antes y después del Asia Menor, tierra de grandes personajes de la antigüedad, y luego tierra cristiana de mártires, Santos Padres y los primeros Concilios de la Iglesia.

Asia Menor especialmente, la península que yace entre el Mar Negro, el Archipiélago y el Mediterráneo, era por naturaleza uno de los más bellos y uno de los más fértiles países. Por generaciones tuvo un floreciente comercio, y había sido tachonado con magníficas ciudades, cuyas ruinas se alzan hoy como un sepulcro del pasado. Ningún país quizás ha visto una sucesión tal de prósperos estados, y tuvo semejante cantidad de reminiscencias históricas, en épocas tan distintas y en tan variada distribución territorial. Es memorable en el comienzo de la historia por sus reyes y nobles bárbaros, cuyos nombres permanecen como lugares comunes y proverbios de riqueza y lujo. La magnificencia de Pélope da lustre incluso a los sueños brillantes de la mitología. El nombre de Cresos, Rey de Lidia, es como un proverbio por sus enormes riquezas. Midas, Rey de Frigia, tuvo tal abundancia de metales preciosos que los poetas dijeron que tenía el poder de convertir todo lo que tocaba en oro. La tumba de Mausolo, Rey de Caria, fue una de las siete maravillas del mundo antiguo. Ocurrió lo mismo con las colonias griegas que se diseminaron a lo largo de sus costas; son renombradas por su opulencia, por su filosofía, y por las artes liberales y las bellas artes. Fueron sus ciudadanos, Homero entre los poetas, Tales entre los filósofos, Herodoto el padre de la historia, Hipócrates el oráculo de los médicos, Apeles el príncipe de los pintores, y Pitio, que regaló a

uno de los reyes persas un plátano y un racimo de uvas de oro macizo, fue en época, ante aquellos reyes, el hombre más rico del mundo conocido. Luego vienen las muchas espléndidas ciudades fundadas por los sucesores de Alejandro, a través de su territorio; y los poderosos y opulentos reino, griegos o bárbaros, de Ponto, Bitinia y Pérgamo, este último con su biblioteca de 200.000 volúmenes escogidos...

Después la región llegó a ser una de las primeras sedes del cristianismo. San Lucas en los Hechos de los Apóstoles nos relata los trabajos apostólicos de San Pablo en la ciudad y el campo. San Juan escribió el Apocalipsis a los Iglesias de siete de sus principales ciudades, y San Pedro su primera carta a los cristianos diseminados por sus provincias. Fue el hogar de algunos de los más grandes santos, mártires, y doctores de la época primitiva. Allí, en Bitinia, se manifestó primero el poder del cristianismo sobre la población pagana; allí San Policarpo fue martirizado, y San Gregorio Taumaturgo convirtió a los habitantes del Ponto; allí San Gregorio Nacianceno, San Gregorio Niceno, San Basilio, y San Anfiloquio, predicaron y escribieron. Allí tuvieron lugar tres de los primeros cuatro Concilios de la Iglesia, en Calcedonia, Éfeso y Nicea, la ciudad profanada después por el palacio del Sultán. Abundó la región en dones naturales, para alimento, utilidad y ornamentación; sus ríos corrían con oro, sus montañas daban los mármoles más costosos; tenía minas de cobre, y especialmente de hierro; sus llanuras eran fructuosas en toda clase de granos, en amplias pasturas y ricos bosques, mientras sus colinas eran favorables al olivo y las viñas.

Tal era esa región, celebrada una vez por sus ventajas naturales, sus artes, su esplendor, así como por sus dones de gracia; y la miseria y degradación que presentan ahora sobre el mismo suelo, son emblemas de esa ruina peor que alcanzaron las almas de sus hijos...No encuentro culpa por la mera circunstancia de que las escenas de antigua grandeza se encuentren en ruinas...Hay ruinas suficientes en Europa, pero la fuerza del argumento está en que en estos países hay ruinas y nada más, de que lo viejo se ha ido, y no ha sido reemplazado por lo nuevo...Todo estuvo volviéndose

salvaje...El estado de la población está de acuerdo con la condición de abandono del país...Esta desolación no es un accidente de un imperio en declive; data del mismo tiempo en que el Turco entró en el país, desde la era de los sultanes Seljukian, hace ochocientos años. Tenemos pruebas indirectas pero claras de ello en al curso de la historia siguiente a su expulsión del país por los cruzados. Por un tiempo los griegos recuperaron su dominio en la porción occidental, y fijaron la residencia imperial en Nicea, que había sido la capital de los Seljukians...En el curso de algunos años, el dominio imperial llegó a ser el granero y el jardín de Asia...Tal fue la inmediata consecuencia cuando el hombre coopera con la abundancia de la naturaleza en esta región fructuosa; y resalta de manera prominente por contraste con la miseria de la dominación turca...Esta miseria se encuentra, no sólo en Asia Menor, sino dondequiera se halla a los turcos en el poder...Si pasamos por Egipto, el relato es el mismo...(pp 116-122)

Luego describe el ascenso del imperio otomano hasta la toma de Constantinopla (exactamente 400 años antes del momento en que Newman está escribiendo). Allí cuenta el estado de guerra entre príncipes cristianos mientras el poder otomano crecía, y cómo perdieron muchas oportunidades de vencerlo. Y después de un par de intentos fallidos, Newman relata en admirable prosa el cónclave que llevó al pontificado a San Pío V y la famosa batalla de Lepanto.

Los éxitos turcos comenzaron en la mitad del siglo XI, y terminaron en la mitad del siglo XVI, cuando, justo quinientos años después de San Gregorio y Malek Shah, Selim el Borracho llegó al trono de Otmán, y San Pío V al trono de los Apóstoles. Pío fue Papa en 1566 y Selim Sultán en ese mismo año. ¡Qué extraño contraste, caballeros, presentaba en aquella época Roma y Constantinopla! Ninguna era lo que había sido, pero habían cambiado en direcciones opuestas. Ambas habían sido sede del poder imperial: Roma, donde la herejía nunca floreció, había cambiado sus Emperadores por la sucesión de San Pedro y San Pablo, y Constantinopla había pasado de la supremacía secular al cisma, y de allí a la apostasía blasfema. La infeliz ciudad, que con sus provincias sometidas había sido sucesivamente la sede del

arrianismo, del nestorianismo, y del focianismo,² ahora se había convertido en la metrópolis del falso profeta. Y mientras en occidente el gran edificio de la Basílica Vaticana se reedificaba en magníficas proporciones y costosos materiales, ¡la Basílica de Santa Sofía en oriente era degradada convirtiéndola en mezquita! ¡Qué extraño contraste en el estado de los habitantes de cada lugar! Aquí en la ciudad de Constantino, la increencia que negaba a Dios era acompañada de una forma de vida impura y degradante del hombre, que esclavizaba a la mujer y corrompía a la juventud. Pero allí, en la ciudad que los Apóstoles consagraron con su sangre, la grande y verdadera reforma de la época estaba en pleno progreso, las afirmaciones doctrinales y disciplinarias del gran Concilio de Trento habían sido al fin promulgadas...y allí, cuando la Santa Sede quedó vacante y un Papa debía ser nombrado para las grandes necesidades que tenía la Iglesia, un santo estaba presente en el cónclave para hallar un hermano santo, y recomendarle a los sufragios de los Padres y Príncipes de la Iglesia para la Silla de San Pedro. (pp.150-151)

Newman habla aquí de San Carlos Borromeo y el Cardinal Alessandrino, que sería San Pío V, cuya personalidad describe basándose en el juicio positivo de un historiador protestante:

Cuando era Papa vivía con toda la austeridad de una vida monástica, ayunaba con el máximo rigor y puntualidad, no vestía atuendos más finos que los que había usado antes, se levantaba a una hora extremadamente temprana y no dormía siesta...El pueblo llegó al entusiasmo cuando lo vio caminando en procesión, descalzo y con la cabeza descubierta, con la expresión de una piedad desafectada en su rostro y con su larga barba blanca nieve cayendo sobre su pecho. Pensaron entonces que nunca había habido un Papa tan piadoso, y se dijeron unos a otros cómo su solo aspecto habría convertido a los herejes. (pp. 153-154)

Luego viene el relato de la batalla de Lepanto.

Tuvo éxito en formar la santa liga entre él [el Papa Pio V], Felipe II de España y los venecianos. Don Juan de Austria, medio hermano del rey Felipe, fue nombrado comandante en jefe de las fuerzas, y

² Arrio (s IV), Nestorio (s V), Focio (s IX).

Colonna almirante... Pero tanta era la cobardía y los celos de las partes, que llegó el otoño y nada importante se había logrado. Se unieron las armas con dificultad, y con dificultad se puso fin a las disecciones de los comandantes, mientras los otomanos recorrían el golfo de Venecia, y bloqueaban los puertos aterrizando a la misma ciudad. Pero el santo Papa estaba seguro del éxito de su causa por sus propias armas, que los turcos no comprendían. Había fijado un triduo de súplica en Roma, y él mismo tomó parte en la procesión. Había proclamado un jubileo par todo el mundo cristiano por el feliz término de la guerra. Había suplicado a la Santísima Virgen por su causa. Después de la Misa mayor en su capilla, presentó a su almirante un estandarte de damasco rojo bordado con un crucifijo y las figuras de San Pedro y San Pablo, con la leyenda "In hoc signo vinces". Luego, enviándolo a Messina, donde estaba la flota aliada, le aseguró al general en jefe y a la armada que "si, confiando más en la ayuda divina que en la humana, atacaban al enemigo, Dios no sería deficiente en Su propia causa. Le auguró un resultado próspero y feliz, no fundado en alguna esperanza débil o casual sino en la guía divina, y por las esperanzas de muchos hombres santos". Más aún, les pidió a los oficiales que miraran por la buena conducta de sus tropas, reprimiendo blasfemias, juegos, motines, y saqueos, para que fueran de este modo más merecedores de la victoria. Así, fue proclamado un ayuno de tres días para la flota, comenzando en la Natividad de nuestra Señora. Todos los hombres fueron a confesarse y a comulgar, y se les aplicaron las indulgencias plenarias que el Papa había concedido a la expedición...La noche anterior a la batalla, y el día de la misma, anciano como era y quebrado por una cruel enfermedad, el santo había pasado ayunando y orando en el Vaticano. A lo largo de toda la ciudad santa los monasterios y los colegios estaban también en oración. Cuando llegó el atardecer, el tesorero pontificio pidió una audiencia con el soberano Pontífice por un asunto importante. Pío estaba en un dormitorio y comenzó a conversar con él, cuando de repente paró la conversación, le dejó, abrió la ventana, y levantó la mirada al cielo. Luego cerró la ventana, miró gravemente a su visitante y dijo: "No es tiempo para negocios. Vaya y de gracias al Señor Dios. En

esta misma hora nuestra flota ha combatido al turco y obtenido la victoria”. Cuando el tesorero salió, le vio caer de rodillas ante el altar lleno de gratitud y alegría....Fue una repetición, bajo diferentes circunstancias, de la historia de León y los hunos.³ En el contraste entre los combatientes vemos el contraste de las historias del bien y del mal. El Enemigo, como los turcos en su batalla, precipitándose con la furia terrible de las bestias salvajes, y la Iglesia, combatiendo siempre con la enérgica perseverancia y la heroica obstinación de San Pío. (pp.155-158)

Después de esta historia y sus derivaciones hasta la época de Newman, interesa muchísimo la conferencia que trata sobre las perspectivas futuras del Imperio Otomano, porque las fundamenta en unas consideraciones muy lúcidas sobre lo que es “barbarie” y “civilización”. Después de afirmar que *en un momento u otro los otomanos llegarán a su fin, pues todo poder humano tiene su término antes o después, y los estados se elevan y caen*, y nos ilustra con varios ejemplos de la historia, enuncia algunos principios básicos tomados también de la experiencia histórica.

Primero de todo, asumiré como algo razonable, que la catástrofe de un estado está de acuerdo con sus antecedentes, y su destino de acuerdo a su naturaleza; y por ello, no podemos aventurar ninguna anticipación de los instrumentos o de las condiciones de su muerte, hasta que sepamos algo acerca del principio y del carácter de su vida. Luego, afirmo que, si un estado es por su misma idea una sociedad, y una sociedad es un conjunto de muchos individuos unidos por su participación en alguna posesión común, y para la extensión de esa posesión común, la presencia de esa posesión tenida en común constituye la vida, y la pérdida de ella es la disolución de un estado...En cuanto al poder otomano, tenemos que informarnos en qué consiste su vida, y cuáles son los peligros a que está expuesta esa vida, desde la naturaleza de su constitución.

Ahora bien, los estados pueden ser divididos en general en bárbaros y civilizados; su posesión común, o vida, es algún objeto o

³ Se refiere a la llegada de Atila, rey de los hunos, a la ciudad de Roma, en el siglo V, cuando el papa San León Magno le salió al encuentro en procesión, en impidió la invasión de la ciudad santa.

de sentido o de imaginación; y su ruina y destrucción es o externa o interna. Y hablando en términos generales, sin aludir excepciones o limitaciones...podemos decir que los estados bárbaros viven en una común imaginación, y son destruidos desde fuera, mientras que los estados civilizados viven de algún objeto común de sentido, y son destruidos desde dentro.

Por objetos de imaginación me refiero a tales como la religión, verdadera o falsa (pues no hay sólo falsa imaginación sino verdadera), la misión divina de un soberano o una dinastía, y la fama histórica. Y por objetos de sentido me refiero a los intereses seculares, el país, el hogar, la protección de la persona y la propiedad.

Por enemigos externos me refiero guerras extranjeras, influencia extranjera, insurrección de esclavos o de razas sometidas, plagas, enormidades accidentales de individuos en el poder, y otros instrumentos análogos a lo que, en el caso de un individuo, se llama muerte violenta. Por enemigos internos me refiero a contiendas civiles, cambios excesivos, revolución, decadencia del espíritu público, que pueden ser considerados análogos a una muerte natural.

...No incluyo la degeneración moral entre los instrumentos de su destrucción, porque esto corresponde a todos los estados, civilizados y bárbaros, y es más una disposición que los expone a la influencia de lo que es su ruina que una causa directa de la ruina en sí. (pp.159-163)

No podemos aquí resumir el detalle y las diversas consideraciones que hace Newman para describir un estado bárbaro y uno civilizado, y cómo pueden decaer el uno y el otro, con muchos ejemplos históricos reales. Se podría citar este párrafo:

Por "barbarie" supongo un estado de naturaleza, y por "civilización" un estado de cultivo y disciplina mental...no esa perfección a la que apunta la naturaleza, y requiere alcanzar, y no puede por sí misma, sino una segunda clase de perfección de la naturaleza, que siendo lo que es y permaneciendo lo que es, sin ningún principio sobrenatural, la logra sólo con sus poderes de raciocinio, juicio, sagacidad, imaginación plenamente ejercida, y

los afectos y pasiones bajo control suficiente. Tal fue, en alta excelencia, en las paganas Grecia y Roma, donde la percepción de los principios morales, poseída por el intelecto cultivado y consumado, por la mente de Platón o Isócrates, de Cleantes, Séneca, Epicteto o Antonino, rivalizó en pretensiones externas con la enseñanza inspirada del Apóstol de los gentiles. Tal es hoy, no sólo en su recepción de los principios religiosos y morales...sino especialmente en la especialidad peculiar de estos tiempos: en ciencia y arte, en física, en política, en economía y técnica...Así como el instinto es perfecto según su tipo al principio, y nunca avanza, mientras que el alcance del intelecto está siempre creciendo, así también los estados bárbaros son lo mismo más o menos de principio a fin, y esta es su característica, mientras que los estados civilizados, aunque habían tenido una era bárbara, están siempre avanzando cada vez más lejos de ella, y su distintivo es el progreso...

Mientras Atila alardeaba de que las patas de su caballo aplastaban el pasto que pisoteaban, y Gengis Khan de galopar sobre las ciudades que había destruido, Seleuco, o Ptolomeo, o Trajano, cubrieron la extensión de sus conquistas con amplias capitales, emporios de comercio, nobles caminos, y puertos espaciosos. Lucullus formó una magnífica biblioteca en el Este, y César convirtió sus expediciones en el norte en una investigación histórica y de anticuario. (pp.163-169)

El texto de Newman es muy detallado en consideraciones y ejemplos históricos que revelan su gran erudición, de modo que esta obra es mejor leerla íntegra que comentarla extractando citas, y saltando a una conclusión que no parezca apresurada. Como sea que este pretende ser un resumen de lo esencial, podemos permitirnos ese salto y citar lo que Newman dice en cuanto al pasado y al presente de los otomanos:

Cualesquiera sean las objeciones de detalle que puedan darse contra el informe que he venido haciendo de la barbarie y la civilización...pienso que, si mi informe es correcto en general, el poder turco ciertamente no es civilizado, sino un poder bárbaro. El bárbaro vive sin principio y sin meta; no hace sino reflejar las

sucesivas circunstancias externas en las que él mismo se encuentra, y varía con ellas... Vive y muere, y no hace nada sino dejar el mundo como lo encontró. Y así como es el individuo, tal es su entera generación, y como esa generación tal es la anterior y posterior. Ninguna generación puede decir lo que ha estado haciendo; no ha hecho mejor o peor el estado de cosas; difícilmente hay lugar para el retroceso, y ningún tipo de material para el progreso... Estas características de los bárbaros son como los puntos rudimentarios en la pintura de los turcos, tal como están dibujados por aquellos que las han estudiado. (p.183)

En cuanto al futuro de los otomanos, afirma en el último párrafo del libro:

Muchas cosas son posibles, pero una cosa es inconcebible: que los turcos, como nación existente, deban aceptar la civilización moderna; y que, en ausencia de ello, deban ser capaces de mantenerse firmes en medio de las usurpaciones de Rusia, el interesado y despectivo patronato de Europa, y el odio de sus poblaciones subyugadas. (p.228-229)

El Cardenal Newman no vivió para ver por sí mismo la desaparición del Imperio Otomano en 1923, después de la Primera Guerra Mundial, convertido en la República de Turquía.

Es importante traer a colación estos textos de Newman para mostrar el interés de un hombre como él sobre un asunto secular, pero que había tenido y tenía motivaciones religiosas, y había producido una trágica secuencia histórica de invasión y guerras del islamismo contra el cristianismo. La Europa y la misma Inglaterra de la época de Newman se veían ya impregnadas de una creciente indiferencia religiosa que hacía prevalecer sólo los intereses políticos, y su intento fue recordar la historia para mostrar el origen y la verdadera esencia del conflicto. En este sentido, es interesante señalar las conclusiones a las que llega, pensando en el futuro. Newman fue, entre otras cosas, historiador, y escribió muchos ensayos y semblanzas como el que ahora comentamos. El método histórico fue central en su pensamiento, aplicado para dilucidar problemas de gran importancia como el desarrollo de la doctrina en la Iglesia de Roma, que lo llevó hasta las puertas de su conversión.

Hoy, cuando la gran mayoría ignora, desestima u olvida la historia pasada, Newman aparece como maestro de la verdad también en esto: hay que conocer los orígenes y sus desarrollos, ya sea del bien como del mal, del mundo y del cristianismo, y entonces tendremos una palabra que decir acerca del presente y del futuro.

